

La mano invisible y el relojero ciego: los límites del paralelo Smith-Darwin

Cristóbal Bellolio*

RESUMEN

A lo largo de la historia reciente del pensamiento económico y la teoría política, muchos han identificado un hilo común entre las ideas de Adam Smith y Charles Darwin. El paralelo sostiene que, de la misma manera en que Smith demostró que la riqueza de las naciones y la prosperidad de los pueblos son consecuencias inintencionadas de la competencia entre individuos persiguiendo su interés propio, Darwin demostró de qué manera el diseño complejo de las especies y el equilibrio ecológico eran consecuencias de la competencia entre organismos por sobrevivir y reproducirse. Este paralelo, articulado notablemente por F.A. Hayek, sugiere que ni el orden económico ni el orden natural fueron diseñados deliberadamente de arriba-hacia-abajo, sino que emergieron espontáneamente de abajo-hacia-arriba. A partir de las observaciones de Hayek, popularizadores de la ciencia y teóricos políticos de nuestro tiempo han sostenido que los creacionistas y partidarios de la tesis del “Diseño Inteligente” que siguen las ideas de Smith en el campo económico, deberían aceptar los mecanismos darwinianos para explicar la biodiversidad. De lo contrario, serían culpables de inconsistencia filosófica. El mismo cargo se sostiene contra los socialistas que aceptan la acción del ‘relojero ciego’ darwiniano, pero rechazan la acción de la ‘mano invisible’ smithiana. El presente artículo examina este cargo y concluye que es vulnerable en varios sentidos. Entre ellos, viola la Ley de Hume que establece que no se pueden derivar conclusiones normativas de premisas fácticas; difumina los distintos tipos de agencia individual en la economía y la biología; subestima las particulares condiciones en las cuales cada orden emerge; ignora las características epistémicas de dios cristiano; y hace una lectura incorrecta de la extensión que el propio Hayek daba al paralelo entre Smith y Darwin.

PALABRAS CLAVE: Adam Smith, Charles Darwin, mano invisible, relojero ciego, evolucionismo.

The invisible hand and the blind watchmaker: the limits of the Smith-Darwin parallel

ABSTRACT

Throughout the history of economic thought and political philosophy, many have identified a common thread between the ideas of Adam Smith and Charles Darwin.

*Profesor Asistente, Escuela de Gobierno, Universidad Adolfo Ibáñez

Agradecimientos a Sandra Peart, Michelle Vachris y Fonna Forman por comentarios y observaciones a versiones preliminares de este artículo, así como a los árbitros anónimos de la revista por sus útiles sugerencias. Estoy también en deuda con los participantes de la Conferencia Internacional sobre Adam Smith organizada por la Universidad Adolfo Ibáñez, en enero de 2018 en Viña del Mar, Chile, donde este artículo fue originalmente presentado.

✉ cristobal.bellolio@uai.cl

Recibido abril 2019 / Aceptado junio 2019

Disponible en: www.economiaypolitica.cl

In the same way that Smith showed how national wealth and aggregate prosperity are unintended consequences of competition among individuals driven by their self-interest, Darwin showed how complex design and ecological balance are unintended consequences of competition among organisms. The analogy, notably defended by F. A. Hayek, states that the economic and natural orders were not deliberately designed from the top-down, but they emerged spontaneously from the bottom-up. Taking Hayek's lead, contemporary popular science writers and political theorists have argued that creationists and "Intelligent Designers" who follow Smith in economics should accept Darwinian mechanisms to explain biodiversity. Otherwise, they are guilty of philosophical inconsistency. The same charge has been levelled against socialists who accept Darwin's 'blind watchmaker' in nature but reject Smith's 'invisible hand' in economics. The paper explores this charge and finds it vulnerable in different ways. Among other problems, it violates Hume's dictum that we do not derive *ought* from *is*; it obscures the differences in which individual agency deploys in biology and economics; it underestimates the specific non-chaotic conditions in which each order emerges; it ignores the epistemic features of an omniscient god in Christian theology; and it misreads the extension that Hayek himself gave to the Smith-Darwin analogy.

KEYWORDS: Adam Smith; Charles Darwin; invisible hand; blind watchmaker; evolutionism.

Desde que la teoría de la evolución de Charles Darwin irrumpió en la Inglaterra victoriana, muchos han visto un paralelo entre la noción de la 'mano invisible' que popularizó Adam Smith en el siglo XVIII y el mecanismo de selección natural que el propio Darwin identificó como responsable del origen de las especies, que mucho más tarde el zoólogo Richard Dawkins (1986) rebautizaría como el mecanismo del 'relojero ciego'. En pocas palabras, este paralelo sugiere que, de la misma manera que Smith demostró que la riqueza nacional y la prosperidad agregada eran consecuencias imprevistas de la competencia entre los agentes individuales motivados por su interés propio, Darwin demostró que el diseño complejo de las especies y el equilibrio ecológico resultante eran consecuencias imprevistas de la competencia entre organismos individuales luchando por sobrevivir y reproducirse. Como han subrayado los defensores de este paralelo, el parecido fundamental radica en que ni el orden económico ni el orden natural han sido diseñados de arriba-hacia-abajo, sino más bien emergen de abajo-hacia-arriba.

Esta conexión entre el pensamiento de Smith y el de Darwin fue subrayada por el teórico liberal austríaco Friedrich von Hayek. En su

visión, tanto Smith como Darwin entendieron que el caos puede dar origen al orden de forma espontánea y no dirigida. En la narrativa de Hayek, los verdaderos fundadores del razonamiento evolucionista –en contraposición al enfoque racionalista predominante– fueron los filósofos de la Ilustración escocesa, entre ellos Adam Smith. Hayek se consideraba a sí mismo un heredero de la escuela evolucionista. A partir de esta conexión Smith-Darwin, algunos popularizadores de la ciencia y teóricos políticos contemporáneos han sostenido que la aceptación del mecanismo de la mano invisible en la economía implica de alguna manera la aceptación de la tesis del relojero ciego en biología, y viceversa (Arnhart 2005; Shermer 2006; Ridley 2012). Smith y Darwin son, entonces, presentados como parte de un paquete filosófico indivisible. En consecuencia, tanto la derecha creacionista que se resiste a Darwin, como la izquierda socialista que se resiste a Smith, serían culpables de inconsistencia filosófica.

El objetivo de este artículo es mostrar que estas implicancias son débiles, y que el cargo de inconsistencia filosófica, así planteado, no se sostiene. Al menos, que las observaciones de Hayek respecto a las similitudes evolucionistas en el pensamiento de Smith y Darwin no pueden ser interpretadas de la manera señalada. Esto no significa que no existan conexiones plausibles entre las ideas de Smith y Darwin, incluso más allá de las reconocidas por Hayek¹. Respecto de este último, su distinción entre evolucionistas y racionalistas sigue siendo conceptualmente útil para pensar en los límites de los proyectos políticos utópicos que aspiran a transformar a la humanidad a través del diseño de instituciones de arriba-hacia-abajo. No obstante, ninguna de estas consideraciones es suficiente para establecer que aceptar las ideas de Smith respecto de la economía conlleve a aceptar las ideas de Darwin respecto de la naturaleza, y viceversa.

La primera sección del artículo introduce la versión hayekiana de lo que he llamado la conexión Smith-Darwin. La segunda examina el

¹ James Otteson (2012) ha identificado en la obra de Smith un ‘principio de la familiaridad’ que sería capaz de resolver las aparentes inconsistencias en torno a la naturaleza humana expresadas en *La Teoría de los Sentimientos Morales* (TSM) y en *La Riqueza de las Naciones* (RN): aquello que los alemanes llamaron *Das Adam Smith Problem*. Este mismo principio, que establece que la benevolencia y la familiaridad están positivamente correlacionadas, puede ser encontrado en la obra de Darwin y, en cierto sentido, ha sido central en el desarrollo contemporáneo de la psicología evolutiva. Tanto Smith como Darwin se intriguaron con el altruismo humano, y ambos sugirieron que esta característica relacional estaba inscrita en nuestra naturaleza.

argumento en análisis, esto es, que los creacionistas debieran aceptar los mecanismos darwinistas si ya aceptaron la lógica smithiana, mientras los socialistas debieran hacer lo mismo con la lógica smithiana si ya aceptaron los mecanismos darwinianos. En la tercera sección se argumenta que el cargo de inconsistencia filosófica no se sostiene por una serie de razones, entre ellas que viola la Ley de Hume (lo que *es* no necesariamente *debe ser*); oscurece los diferentes tipos de agencia en biología y economía; subestima las específicas condiciones no caóticas en las cuales cada orden emerge; e ignora las características epistémicas del dios del cristianismo. La cuarta sección concluye con algunas reflexiones sobre la relación entre las ideas de Smith y Darwin.

1. Hayek y la escuela evolucionista

Como sabemos, la referencia de Adam Smith a la acción de una mano invisible apunta al modo no dirigido a través del cual la sociedad se beneficia de la interacción voluntaria de individuos que persiguen su interés propio.² Por medio del libre intercambio y la competencia leal, Smith sugiere, las fuerzas invisibles del mercado maximizan el bienestar agregado. La mano es, pues, invisible en el sentido de que no está siendo conscientemente dirigida por una voluntad superior a través de procesos de planificación y diseño centralizado. No obstante, gracias al libre comercio, se alcanza de cualquier modo un equilibrio beneficioso para todos los participantes: compradores y vendedores satisfacen sus necesidades mientras crean riqueza y, fundamentalmente, aseguran armonía social. A su vez, Darwin elaboró su tesis de la selección natural como alternativa a la analogía del relojero de William Paley. Según este último, si encontráramos un reloj abandonado en una playa desierta, ninguna persona razonable pensaría que se ensambló solo.

² Dos pasajes en la obra de Smith hacen explícita referencia a la mano invisible en este sentido. En TSM, Smith sostiene que, a pesar del egoísmo y rapacidad de los ricos, orientado a su exclusiva conveniencia, “una *mano invisible* los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida, que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes, y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie” (1997: 333). Luego, en RN, Smith señala que los individuos no buscan el interés público ni son conscientes de cuánto lo promueven cuando buscan su propia ganancia. Sin embargo, en estos casos, los individuos son conducidos, como por una mano invisible, a promover un fin que nunca tuvo parte en su intención (Smith 1994).

Por el contrario, pensaría que fue cuidadosamente diseñado y luego montado pieza por pieza por una inteligencia capaz de seguir el diseño predeterminado. El universo es como el reloj, observaba Paley, y en consecuencia *necesita* un diseñador. Darwin se convenció de lo contrario: la biodiversidad se expande a través de un proceso acumulativo que dura millares de años y no está siendo intencionalmente dirigido por ninguna superintendencia. En ese sentido, su relojero es ciego, pues no sabe lo que va construyendo. Este proceso, de acuerdo con el descubrimiento verdaderamente original de Darwin, es impulsado principalmente por un mecanismo de selección natural. Darwin no conoció la genética moderna; sin embargo, descubrimientos posteriores confirmaron que la selección natural opera en dos niveles: en primer lugar, cuando el código genético de un nuevo organismo se copia irregularmente y surgen variaciones genéticas aleatorias, también llamadas mutaciones; en segundo, cuando estas mutaciones son retenidas por el portador y transmitidas a su descendencia en el caso de resultar beneficiosas para sus perspectivas de sobrevivencia en un entorno determinado. Es decir, la aleatoriedad solo tiene lugar en el primer nivel. El segundo opera a través de la acumulación no aleatoria de ciertas mutaciones. El mecanismo de selección natural puede ser, entonces, descrito como la selección no aleatoria de variaciones aleatorias³.

Presentado de este modo, el paralelo crucial entre la mano invisible de Smith y el relojero ciego de Darwin es que ambos mecanismos actúan dando origen a sistemas y órdenes que emergen sin planificación previa ni diseño deliberado. Es decir, de la misma manera en que un organismo individual carece de previsión cuando adapta sus condiciones de supervivencia y reproducción, y, como resultado espontáneo, se obtiene un equilibrio ecológico, las instituciones humanas y los órdenes sociales complejos deben poco al diseño predeterminado,

³ Aunque Darwin no usó la expresión mano invisible en sus escritos, un pasaje de *El Origen de las Especies* (OE) sugiere una idea similar: "Metafóricamente, puede decirse que la selección natural está buscando cada día y cada hora por todo el mundo las más ligeras variaciones; rechazando las que son malas; conservando y sumando todas las que son buenas; trabajando silenciosa e insensiblemente, cuandoquiera y dondequiera que se ofrece la oportunidad, por el perfeccionamiento de cada ser orgánico en relación con sus condiciones orgánicas e inorgánicas de vida. Nada vemos de estos cambios lentos y progresivos hasta que la mano del tiempo ha marcado el transcurso de las edades; y entonces, tan imperfecta es nuestra visión de las remotas edades geológicas, que vemos sólo que las formas orgánicas son ahora diferentes de lo que fueron en otro tiempo" (2004: 109-10).

surgiendo más bien de las separadas acciones de numerosos individuos que ignoraban lo que estaban haciendo (Hayek 2014: 130). Es en este especial sentido que Hayek argumenta que, tanto Smith como Darwin, pensaron en términos evolutivos. Hago esta precisión por si la etiqueta es considerada anacrónica, dado que la obra de Darwin es muy posterior a la de Smith. Pero Hayek la utiliza de forma muy específica. En ninguna circunstancia sugiere que Smith entendió antes que Darwin la idea de evolución biológica, o que Smith pensó que las instituciones sociales evolucionaban de acuerdo con los criterios de la selección natural darwiniana. Más bien, Smith es considerado evolucionista por pensar que las instituciones sociales no eran el producto de un plan racional previamente diseñado, sino que emergían espontáneamente a partir de la libre interacción de individuos con intereses particulares. Dichas instituciones también mutan, seleccionando las características que favorecen su adaptación a las circunstancias de la historia y eliminando aquellas que la perjudican. En esta línea, Hayek sostiene que Darwin siguió la lógica de Smith, aplicando los mismos principios de la evolución social de las instituciones al mundo natural:

Al hacer hincapié en el papel desempeñado hoy en día por la selección en este proceso de la evolución social, probablemente pudiera crearse la impresión de que tomamos prestada la idea del campo biológico; merece la pena subrayar lo que de hecho es todo lo contrario. Pocas dudas existen de que las teorías de Darwin y sus contemporáneos se inspiraron en las teorías de la evolución social. (2014: 131)

Estas teorías no provienen solo del genio de Adam Smith. Hayek las presenta como el legado de todo un movimiento, la Ilustración escocesa, cuyos filósofos habrían sido los primeros en comprender que las instituciones, la ley, la moral e incluso el lenguaje, evolucionan de acuerdo con un proceso de crecimiento acumulativo⁴. Contra la premisa cartesiana de que una razón preexistente creó el mundo que nos rodea, e incluso contra la tradición liberal-constructivista –desde Hobbes hasta Rawls– según la cual ese orden es el resultado deliberado de un contrato, la generación de Smith, Hume, Ferguson, Hutcheson, entre otros, sostuvo que el orden social no era el producto de ninguna inteligencia

⁴De hecho, Smith escribió sobre el origen del lenguaje y la manera en que evolucionaba en distintos idiomas. Ver sus *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (1985). Al respecto, ver también Schliesser (2011).

humana o divina, sino de una tercera posibilidad: su evolución. El origen de las instituciones sociales, en consecuencia, no debía buscarse en un artilugio o plan racional, sino –en clave darwiniana– en la adaptación y sobrevivencia de aquellos elementos más adecuados o mejor adaptados a los desafíos del medio y las circunstancias. Decidido a propinar un golpe a la arrogancia del ser humano, Hayek concluye que aquello que llamamos orden político es producto de nuestra inteligencia ordenadora en mucha menor cuantía de lo que comúnmente se imagina (2014: 126).

Como se advierte, la conexión Smith-Darwin es central para el argumento hayekiano contra la pretensión intelectualista de aquellos políticos que piensan que la única forma de asegurar sociedades bien ordenadas es a través de controles centralizados y procesos guiados. Hayek toma partido por la escuela evolucionista de Smith y Darwin, en oposición a los enfoques racionalistas. Los racionalistas, en la visión de Hayek, “presuponen que el hombre originariamente estaba dotado de atributos morales e intelectuales que le facilitaban la transformación deliberada de la civilización”, mientras que los evolucionistas piensan que “la civilización fue el resultado acumulativo costosamente logrado tras ensayos y errores; que la civilización fue la suma de experiencias, en parte transmitidas de generación en generación, como conocimiento explícito, pero en gran medida incorporada a instrumentos e instituciones que habían probado su superioridad” (Hayek 2014: 133).

El propio Smith hizo probablemente la más célebre de las caracterizaciones del espíritu racionalista, al describir al hombre de sistema como aquel que “se da ínfulas de muy sabio y está casi siempre tan fascinado con la supuesta belleza de su proyecto político ideal que no soporta la más mínima desviación de ninguna parte del mismo” (Smith 1997: 418). Este hombre de sistema –u hombre doctrinario, como ha sido a veces traducido al español– actúa bajo la ilusión de que los movimientos de la gente pueden ser organizados “con la misma desenvoltura con que dispone las piezas en un tablero de ajedrez” (Smith 1997: 418), pues cree sinceramente que las piezas no se moverán de otra manera. Sin embargo, como Smith advierte, “en el vasto tablero de la sociedad humana, cada pieza posee un principio motriz propio, totalmente independiente del

que la legislación arbitrariamente elija imponerle” (1997: 418). En este particular sentido, no hay oposición entre el orden moral que describe TSM y la sociedad comercial que detalla RN: en ambos casos, el orden emerge principalmente como resultado de acciones individuales, gatilladas por principios de movimiento independientes, que no tienen la capacidad de prever el resultado agregado y que no responden a ninguna planificación preestablecida de arriba-hacia-abajo.

A partir de esta idea de que cada pieza en el tablero de ajedrez tiene un principio de movimiento propio que el gobierno es incapaz de dirigir y organizar, Hayek construye una teoría epistemológica para justificar la economía de libre mercado. Como el conocimiento está diseminado a lo largo de la sociedad, sostiene Hayek (1983), es sencillamente imposible para cualquier agencia humana centralizada acceder a cada unidad de información dispersa. No hay tal cosa como un conocimiento de la sociedad. El único conocimiento real pertenece a los individuos. El mercado es solamente el sistema que procesa y codifica dicha información dispersa, a través de los precios. Pero ese sistema es el resultado de un proceso evolutivo, no de un diseño deliberado. Haciendo uso de la conexión Smith-Darwin, Hayek pensaba que la misma limitación epistémica está implícita en los sistemas biológicos, así como en la manera en que se desarrollan los distintos lenguajes. En ambos casos, la información está dispersa. La biodiversidad y los lenguajes emergen, en esta narrativa, a partir de la interacción horizontal y no controlada de sus componentes. Entre otras cosas, eso explicaría el fracaso del esperanto para erigirse como *el* lenguaje universal, puesto que los lenguajes no pueden ser impuestos de arriba-hacia-abajo, sino que evolucionan de abajo-hacia-arriba.

2. La acusación de inconsistencia filosófica

A partir de los argumentos expuestos, una serie de popularizadores de la ciencia y teóricos políticos han extraído la siguiente conclusión: aceptar la lógica de la mano invisible de Adam Smith debería llevarnos a aceptar la lógica del relojero ciego de la teoría de Charles Darwin. Es una conclusión que adquiere la forma de una acusación: aquellos que endosan la teoría económica smithiana, pero no la biología darwiniana,

así como aquellos que aceptan la biología darwiniana, pero se resisten a la economía smithiana, son igualmente culpables de inconsistencia filosófica. Expresado de otra manera, una vez que se comprende y se acepta la fuerza de los órdenes emergentes de arriba-hacia-abajo, no hay razón para excluir de su influjo ninguna esfera de la realidad. La conexión Smith-Darwin es, en ese sentido, presentada como un paquete indivisible, que las personas racionales debieran aceptar o rechazar como un todo. Parafraseando al filósofo G.A. Cohen (2000), que preguntó en tono acusatorio cómo se puede ser igualitarista y rico a la vez, aquí las dos preguntas serían: si eres smithiano, ¿cómo es que eres creacionista? Si eres darwinista, ¿cómo es que eres socialista?

Presentada de esta manera, la acusación se dirige en dos direcciones. Por un lado, se dirige contra aquellos sectores de derecha que se declaran creacionistas, ya sea en el tosco sentido bíblico o de acuerdo a la teoría del Diseño Inteligente (ID), y que, al mismo tiempo, favorecen un sistema de libre mercado siguiendo las enseñanzas de la economía clásica⁵. Por otro lado, se dirige contra aquellos sectores de izquierda que, habiendo aceptado la lógica no teleológica del darwinismo en las ciencias naturales, son escépticos de aplicar la misma lógica, guiada o centralizada, en materia económica. Es un hecho que, principal pero no exclusivamente en Estados Unidos, Smith ha sido históricamente abrazado por la derecha religiosa, mientras que Darwin lo ha sido por la izquierda atea. Este hecho motiva la acusación de inconsistencia filosófica, pues revela que la aceptación de las verdades del evolucionismo

⁵ A diferencia de los creacionistas bíblicos, los teóricos del Diseño Inteligente (ID) no creen que la Tierra tenga solo unos miles de años ni que dios haya creado cada especie en su forma actual ni que nuestras similitudes con los simios mayores sean aparentes. En cambio, aceptan parte importante de la teoría general de la evolución. No obstante, añaden que ciertas características del universo y de los sistemas biológicos son mejor explicadas a partir de una causa inteligente antes que por procesos naturales no dirigidos o mecanismos puramente materiales (Campbell y Meyer 2003: 618). Específicamente, afirman que la evolución vía selección natural, si esta última se considera autosuficiente y no tiene propósito, no es capaz de dar cuenta del origen, desarrollo y diversidad de la vida orgánica. La ortodoxia darwiniana, en esta narrativa, exhibe una serie de lagunas que no han sido bien explicadas. Con el objeto de explicar esas lagunas, los teóricos ID ofrecen el argumento de la *complejidad irreducible*, que establece que algunos sistemas biológicos son tan intrincados y específicos en sus funciones –como el ojo humano o el ala de los pájaros– que resulta extremadamente improbable que sean el producto de pequeñas y sucesivas modificaciones de sistemas preexistentes, pues no habrían podido desempeñar la función que cumplen hasta estar completamente desarrollados. Entonces, algo o alguien tuvo que diseñarlos para su función presente. El propio Darwin reconocía que su teoría se vendría abajo “si pudiera demostrarse que cualquier órgano complejo no pudo de ningún modo haber sido formado por numerosas, sucesivas y pequeñas modificaciones” (2004: 92).

ha sido solo parcial y a conveniencia, en circunstancias que debieran aplicarse en todos los campos de la realidad, incluyendo, por cierto, la economía y la biología.

En este marco, el popular autor de ciencia y economía Matt Ridley (2012) se refiere a un personaje ficticio que bautizó como “Adam Darwin”. Este acepta simultáneamente la lógica de la mano invisible en las ciencias económicas y del relojero ciego en las ciencias naturales, descartando la acción de agentes planificadores y diseñadores inteligentes en ambos campos. Para Ridley, el tema común entre las filosofías de Smith y Darwin es la noción de emergencia, esto es, la idea de que el orden y la complejidad pueden ser fenómenos de abajo-hacia-arriba, ya que tanto la economía como los ecosistemas emergen (2012). Recientemente, Ridley (2016) ha insistido en que los cambios en campos tan diversos como la tecnología, el lenguaje, las ideas y la moralidad son incrementales, inexorables, graduales y espontáneos, siguiendo un claro patrón evolucionista. En esto, Ridley sigue a Ferguson: si bien mucho de lo que ocurre en el mundo es el resultado de la acción humana, no es el resultado del diseño deliberado de los humanos. La civilización emerge a partir de la interacción de millones, no del plan de unos pocos. Ridley critica tanto a los creacionistas como a los socialistas por desconocer este rasgo fundamental de la experiencia. Pero extrae implicancias normativas que son más apremiantes para los segundos. A fin de cuentas, si los liberales económicos de derecha aceptaran la fuerza explicativa del darwinismo con la misma convicción con que aceptan a Smith, esta bienvenida conversión no tendría un correlato en términos políticos. En cambio, una vez que los izquierdistas entendieran que la mano invisible en la economía funciona de la misma manera que el mecanismo del relojero ciego en la naturaleza, deberían cambiar sus políticas económicas.

A su vez, Michael Shermer, editor de la revista *Skeptic*, sostiene que “si alguien debiera abrazar la teoría de la evolución, son los conservadores porque la teoría de selección natural de Charles Darwin es paralela precisamente a la teoría de la mano invisible de Adam Smith” (2006). Por conservadores, en la nomenclatura estadounidense, Shermer se refiere a los liberales clásicos de derecha que continúan batallando contra la teoría de la evolución en los debates curriculares.

Estos grupos favorecen una economía de mercado basados en la creencia de que la excesiva regulación gubernamental de arriba-hacia-abajo perturba las complejidades emergentes de un sistema de abajo-hacia-arriba, a través del cual los individuos persiguen su propio interés sin tener conciencia de las mayores consecuencias de sus acciones (Shermer 2006). Por lo mismo, insiste, debieran reconocer que la naturaleza se despliega con el mismo mecanismo subyacente. Los conservadores que son smithianos en materia económica debieran tener el ojo suficientemente afinado para identificar la acción de una mano igualmente invisible en la formación y funcionamiento del cosmos. De lo contrario, si insisten en mirar el mundo como lo hacía Paley, entonces, por coherencia, debieran aprobar el diseño inteligente de la política económica.

Entre los teóricos políticos, Larry Arnhart ha subrayado la consistencia filosófica de un “darwinismo conservador” (2005). Al menos en Estados Unidos, sostiene Arnhart, Darwin ha sido apropiado por la izquierda, mientras Smith lo ha sido por la derecha. Sin embargo, replica, el paradigma darwiniano proporciona las bases adecuadas sobre las cuales construir un programa político conservador o liberal clásico⁶. En el relato de Arnhart, hay una continuidad evidente desde Adam Smith y Edmund Burke hasta Friedrich Hayek, Russell Kirk, Thomas Sowell e incluso Francis Fukuyama. Todos ellos se opusieron al instinto racionalista de la planificación de arriba-hacia-abajo, sin importar cuán bienintencionado pareciera. Todos ellos han creído que los órdenes sociales emergen como el resultado imprevisto de

⁶ Conservadurismo y liberalismo clásico no son necesariamente términos intercambiables y estoy consciente de que su asociación es problemática. Sin embargo, muchos autores se refieren a ellos como parte de una misma tradición de pensamiento (ver Neuhaus 1997; Epstein 2003 y Lal 2006). Para los propósitos de nuestra discusión, Stephen Dilley se refiere específicamente al “conservadurismo darwinista” como un movimiento político e intelectual cuya visión “integra una concepción darwinista de la naturaleza humana con los elementos esenciales del liberalismo clásico, basándose en el trabajo de Locke, Smith, Hayek y otros” (2013: 10). Dilley no ignora que hay diferencias entre liberales clásicos y conservadores “tradicionales”, principalmente respecto de la legitimidad de la coerción sobre aquellas áreas de la moral donde la conducta individual no afecta a terceros –como lo subrayó el propio Hayek (2014). No obstante, insiste en que hay “similitudes significativas entre los liberales clásicos –tanto británicos como americanos– y los conservadores darwinistas de la actualidad” (Dilley 2013: 11). Por lo demás, sostiene Dilley, al menos ciertas versiones de conservadurismo –no sólo en Gran Bretaña sino también en Estados Unidos– se consideran herederas del liberalismo clásico. Estas versiones serían las que enfatizan la libertad individual, el libre mercado, la propiedad privada, el gobierno limitado, la razón prudencial en la acción política, las limitaciones de la perfectibilidad moral, etcétera. Este es el tipo de conservadurismo al que se refiere Arnhart, y al cual me referiré en lo sucesivo.

acciones individuales que buscan su interés propio. En lugar de evolucionistas, Arnhart los llama “realistas”, mientras a los racionalistas les denomina “utópicos”. En sus palabras, “la ciencia darwiniana está del lado de la visión realista, la misma de la tradición conservadora” (2005: 7). La intuición central de esta visión es que el orden social no fue racionalmente diseñado, sino que evolucionó espontáneamente. En consecuencia, darwinistas y conservadores debieran entenderse a sí mismos como aliados naturales en una serie de discusiones y definiciones ideológicas, entre ellas: la importancia de la propiedad privada, la vida familiar y la necesidad de limitar la acción del gobierno. Específicamente, busca probar que una interpretación darwiniana de la naturaleza humana nos sugiere que tenemos una tendencia innata a poseer propiedad e intercambiar propiedad con otros (Arnhart 2005: 11), haciendo eco del famoso pasaje donde Adam Smith sostiene que tenemos una “cierta propensión de la naturaleza humana [...], la propensión a trocar, permutar y cambiar una cosa por otra” (1994: 44). En suma, Arnhart concluye que sus correligionarios conservadores –la gran mayoría de ellos, creacionistas– están confundidos rechazando a Darwin. La acusación de inconsistencia filosófica reaparece: mientras los creacionistas cuestionan la necesidad del hombre de sistema cuando se trata de un orden social como el económico, se obstinan en defender la necesidad de un súper hombre de sistema cuando se trata del orden natural. En ambos casos debería considerarse superfluo por las mismas razones.

Arnhart recurre a Hayek para remarcar este punto. Sostiene que Hayek no habría tenido paciencia con esos conservadores contemporáneos que ven en la teoría del diseño inteligente una alternativa a la ciencia darwiniana (Arnhart 2005: 18). Recordemos que la teoría del Diseño Inteligente afirma que ciertos órdenes complejos no son espontáneos, sino que han sido deliberadamente dispuestos de esa forma por una inteligencia superior. Según Arnhart, Hayek habría rechazado este escepticismo racionalista frente a la suficiencia de los mecanismos darwinianos y la posibilidad de una evolución enteramente no guiada y no teleológica. Parafraseando la distinción que hace el filósofo darwinista Daniel Dennett (2009), Hayek no habría tenido paciencia con aquellos que insisten en buscar ganchos aéreos

(*skyhooks*) para sostener una estructura que se puede construir perfectamente desde abajo con grúas (*cranes*).

Respecto al cargo de inconsistencia filosófica dirigido contra el socialismo por desconocer que en la economía opera el mismo principio regulativo que en la naturaleza, Arnhart va más allá y sugiere que la izquierda no puede ser auténticamente darwiniana. En este contexto, rechaza expresamente el proyecto de Peter Singer, el filósofo utilitarista conocido por su seminal defensa de los derechos de los animales, de articular una “izquierda darwiniana” (1999)⁷. Si la izquierda quiere ser auténticamente evolucionista, propone Arnhart, debería cambiar radicalmente su manera de comprender los procesos y las instituciones sociales, entre ellos el mercado. Si lo hace, sin embargo, deja de ser de izquierda. Para resumir el cargo de inconsistencia filosófica y las implicancias normativas que se siguen: a) La historia de la vida orgánica sobre la Tierra refleja la historia de las instituciones económicas. b) Ni la biodiversidad ni los mercados fueron deliberadamente diseñadas de arriba-hacia-abajo, sino que han emergido de la interacción no-dirigida y de abajo-hacia-arriba de sus componentes individuales. c) En ninguno de ambos casos, estos componentes estaban buscando el bienestar o el equilibrio de la totalidad del sistema. Estaban persiguiendo su propia ventaja. No obstante, esta competencia de individuos y organismos buscando su propia ventaja ha resultado, en general, ser beneficiosa, tanto para la naturaleza como para la economía.

En el primer caso, se traduce en balance ecológico y especies más aptas. En el segundo, en riqueza nacional, prosperidad agregada y armonía social. Dado que los resultados han sido muchas veces beneficiosos,

⁷ Peter Singer ha instado a su sector político a aceptar que la humanidad no es completamente maleable, como lo ha imaginado la tradición marxista. Algunas cosas no pueden ser fundamentalmente modificadas. Una izquierda darwiniana, entonces, debiera tomarse en serio que “cargamos con nosotros la evidencia de nuestra herencia, no sólo en nuestra anatomía y ADN, sino que también en nuestro comportamiento” (Singer 1999: 6). En términos prácticos, esto implica reconocer que hay ciertos aspectos indelebles de la naturaleza humana que no pueden ser catalogados, sin más, como meras invenciones culturales o estrategias conscientes de dominación u opresión. Por el contrario, la evidencia de las ciencias naturales –piensa Singer– debe ser central en el desarrollo de nuevas miradas para construir un mundo más igualitario. Entre estas evidencias se cuenta el hecho de que los individuos actuarán competitivamente bajo ciertas condiciones, que la búsqueda de estatus es una marca indeleble de nuestra aspiración reproductiva, que la tendencia a beneficiar a nuestros parientes y cercanos puede ser regulada pero nunca eliminada del todo, que diversas formas de cooperación social son posibles en la medida que sean percibidas por los individuos como beneficiosas para todos, etcétera.

hay que dejar que los mecanismos internos de la naturaleza y la economía funcionen con la menor intervención y regulación posible. De esta manera, aquellos en la izquierda que aceptan sin problemas la selección natural darwiniana deben comprometerse con el mismo principio en materia económica, mientras que aquellos en la derecha que favorecen los mercados libres deben abandonar la ilusión creacionista de una regulación central de la vida y del cosmos.

3. Objeciones.

En esta sección se presentan algunas objeciones a la acusación de inconsistencia filosófica que autores como Matt Ridley, Michael Shermer y Larry Arnhart, entre otros, han formulado a partir de la conexión filosófica entre Smith y Darwin. Como explicamos, la acusación se dirige contra aquellos conservadores que no han aceptado el poder explicativo del relojero ciego en las ciencias naturales, y contra aquellos socialistas que no han aceptado la fuerza incontrarrestable de la mano invisible en un sistema capitalista de mercado. De la acusación de inconsistencia filosófica se deriva una recomendación normativa tanto respecto de la biodiversidad como de los mercados: mientras menos regulación y planificación central, mejor. Con todo, hay varias avenidas argumentales para disputar la acusación y sus respectivas implicancias.

3.1 Viola la Ley de Hume

De acuerdo con la seminal regla establecida por David Hume en su *Tratado de la Naturaleza Humana* (1738), conocida en la literatura anglosajona como la distinción *is / ought*, nunca hay que derivar un deber de un hecho. Los hechos o descripciones discurren por un canal paralelo a los valores y principios normativos. Esta regla es particularmente útil para los socialistas que buscan zafar de la acusación de inconsistencia filosófica y sus implicancias, ya que la respuesta a la pregunta ‘cuál es el origen de la biodiversidad’ –una respuesta que apunta a un hecho puramente descriptivo– no puede determinar la respuesta a la pregunta ‘cómo organizamos las instituciones sociales’ –una respuesta que típicamente involucra consideraciones normativas e ideológicas. En otras palabras, la gran historia evolucionaria puede

ser una verdad fáctica, pero eso no autoriza a elaborar un argumento prescriptivo sobre sus hombros. Los socialistas podrían legítimamente responder, entonces, que ellos están siguiendo a Darwin en el terreno científico, pero las teorías y leyes científicas cumplen su misión al describir cómo funciona el mundo natural. No se supone que nos digan, además, cómo debemos comportarnos moral o políticamente a partir de esos descubrimientos. Para evitar la llamada ‘falacia naturalista’, los socialistas en el banquillo podrían replicar que los procesos de la naturaleza no deben ser necesariamente imitados. El vilipendiado darwinismo social identificado con la obra de Herbert Spencer intentó hacer justamente aquello. Los darwinistas sociales de fines del siglo XIX y la primera mitad del XX interpretaron la lógica evolucionaria como un patrón oculto que debía ser descubierto, endosado y seguido por la humanidad en su proceso civilizatorio –lo que, paradójicamente, solo podía hacerse de arriba-hacia-abajo. De esa manera, los darwinistas sociales extendieron la noción de la supervivencia de los más aptos a nuestras relaciones políticas, económicas y sociales, y la convirtieron en una categoría normativa⁸. Una competencia sin cuartel era, por tanto, cosa esperable, con unos pocos ganadores y un montón de perdedores. Mientras los ganadores representaban la cúspide de la adaptación darwiniana, los perdedores representaban los inevitables costos de la lucha por la existencia. En esta visión normativa, los que se quedan atrás no tienen derecho a compensación por parte de la sociedad. A fin de cuentas, su fracaso abre camino al progreso. No es sorprendente que el darwinismo social se asocie al capitalismo salvaje⁹. La misma narrativa alimentó los deseos de una parte de la comunidad científica por explorar la eugenesia: creyeron que era moralmente correcto dar una mano a la selección natural para mejorar la aptitud de nuestra especie.

En la otra vereda de la acusación, los creacionistas podrían responder del mismo modo: creer simultáneamente que Dios diseñó

⁸ La expresión “supervivencia del más apto” no fue originalmente acuñada por Darwin sino por Spencer en sus *Principios de Biología* (1864). Alfred Russel Wallace le aconsejó a Darwin introducirla en las siguientes ediciones de OE, lo que Darwin finalmente hizo.

⁹ La recientemente fallecida filósofa Mary Midgley vincula el darwinismo social con una agenda política victoriana. De la misma forma en que la gente usó la ciencia newtoniana para proteger el gobierno monárquico, Midgley sostiene que, un siglo después, la ciencia spenceriana fue desarrollada para proteger el individualismo competitivo (2002: 160).

deliberadamente el universo de arriba-hacia-abajo y que el libremercado capitalista es el mejor sistema económico, no implica ninguna contradicción filosófica, ya que la primera es una creencia fáctica y la segunda una posición normativa. Como operan en distintas dimensiones, una cosa no tiene por qué seguir la otra. Por cierto, para que esta respuesta sea coherente, los creacionistas de derecha tienen que conceder que la economía no es una ciencia ideológicamente neutral, puramente descriptiva o positiva, sino que tiene elementos normativos. Hecha esta concesión, los creacionistas también tienen en su poder un argumento para sacudirse de la acusación.

En síntesis, tanto los socialistas que rechazan la mano invisible en una economía de mercado como los creacionistas que rechazan la tesis del relojero ciego en el orden biológico tienen a su disposición el mismo argumento: la comunidad política tiene el derecho soberano de estructurar su vida económica a través de las instituciones que estime ideológicamente convenientes, y ese derecho no está necesariamente limitado por las creencias fácticas que existan en esa comunidad sobre el origen de la vida y la gran narrativa cósmica. Siguiendo a Hume, la parte acusada puede defenderse afirmando que las proposiciones sobre hechos –por ejemplo, sobre el origen de la vida– no implican conclusiones normativas específicas –por ejemplo, sobre cómo deben organizarse las instituciones sociales. Ni los socialistas ni los creacionistas serían, en este respecto, culpables de inconsistencia filosófica.

3.2 Organismos e individuos tienen distintos tipos de agencia

La moraleja evolucionista que Hayek extraía de la conexión Smith-Darwin se basa en la idea de que los individuos actúan motivados por su interés propio. Eso parece ser correcto en el caso de los mercados, en el que los agentes económicos –presumimos– toman decisiones relativamente racionales. Por último, diría Smith, toman decisiones que son supuestamente ventajosas y no perjudiciales para ellos. El orden que emerge –entendido como un equilibrio de mercado que satisface tanto a oferentes como a demandantes– es espontáneo no en el sentido de que los individuos actúan sin saber lo que hacen, sino en el sentido de que no ha sido prediseñado. Tal como lo expresó Adam Ferguson (1980), si bien las estructuras sociales no son producto del

diseño humano, no dejan de ser el resultado de la acción humana. Dejando los recientes descubrimientos de la neurociencia entre paréntesis, los individuos creen y quieren creer que están actuando con un propósito en mente. Esto es enteramente compatible con el hecho de que el resultado de las preferencias agregadas no haya sido dirigido ni racionalmente planeado.

En este particular sentido, lo que funciona para la vida económica no funciona en el campo de la biología. La corriente principal de la teoría de la evolución explica que las mutaciones a nivel genotípico no tienen ninguna relación con las necesidades presentes, el interés propio o las ventajas competitivas del organismo en cuestión. No hay espacio para decisiones conscientes. A nivel genotípico, el azar es el principio rector. Por azar se entiende, en este sentido, que las mutaciones genéticas se producen con independencia del eventual beneficio derivado para el organismo. Entonces, incluso si aceptamos la idea general de que la economía de una sociedad es un espejo de la economía de la naturaleza –en tanto ambas son órdenes que emergen espontáneamente de las interacciones libres de sus componentes–, los agentes relevantes que actúan en ese desorden son cualitativamente distintos: mientras los agentes económicos están tomando decisiones aparentemente conscientes de su propio beneficio, los organismos biológicos sufren mutaciones que son completamente indiferentes de su eventual beneficio. De hecho, la mayoría de las mutaciones son perjudiciales para sus portadores. Rara vez son beneficiosas para incrementar las perspectivas de sobrevivencia y reproducción de un individuo. Un nuevo orden ecológico surgirá, en efecto, cuando estas variaciones genéticas sean transmitidas a las siguientes generaciones. Pero este orden emergente es el producto no buscado de un proceso de selección natural, no intencional. En contraste, el orden emergente que describe Adam Smith es el producto no buscado de una serie de acciones individuales que fueron intencionales en su origen, pues apuntaban al interés propio. En otras palabras, el orden smithiano emerge a través del ajuste sistémico de las voluntades individuales buscando sus fines particulares. Como advierte el teórico creacionista John G. West, el orden económico smithiano no se produce a través de interacciones sin propósito entre el azar y la necesidad, sino que

se produce a través de las acciones racionales de muchos diseñadores inteligentes (2013: 120).

En consonancia con lo anterior, se ha dicho que la emergencia del orden smithiano se parece más al mecanismo de evolución lamarckiana. Recordemos que el lamarckismo proponía, con anterioridad al hallazgo de la selección natural darwiniana, que los organismos proceden a cambiar su anatomía, sus facultades, su organización durante su propio lapso vital, con el fin de adaptarse a las condiciones cambiantes del medio ambiente. Aunque, en rigor, los organismos no eligen conscientemente dichos cambios, ellos se producen para mejorar su adaptación. No es, por tanto, una evolución enteramente ateleológica como la darwiniana. La evolución social que describe Hayek respecto de las instituciones humanas comparte esta característica. La evolución social –también llamada evolución cultural para distinguirla de la evolución biológica– se asemeja a la lamarckiana en el sentido que trasmite a las nuevas generaciones un stock de ideas, destrezas y normas que han probado ser útiles o beneficiosas para la sociedad, pero que no surgieron por azar sino a través de procedimientos de ensayo y error que perseguían un objetivo¹⁰. Según el propio Hayek, el factor decisivo de la evolución social no es la selección natural de variables hereditarias, sino la selección por imitación de instituciones y hábitos que han demostrado ser exitosos. En este sentido, el crédito que a veces recibe Hayek por su supuesto intento de aplicar las verdades de la evolución física natural a la sociedad (Ebenstein 2003: 6) debe ser recibido con una cuota de escepticismo.

3.3 Condiciones no-caóticas de emergencia

No es enteramente correcto afirmar que el orden natural o el orden económico emergen del caos. Las condiciones bajo las cuales dichos órdenes emergen son cruciales. Smith entendía perfectamente bien que ciertas normas preexistentes y disposiciones institucionales deliberadas eran indispensables para que la mano invisible pudiera operar a sus anchas. En RN, por ejemplo, Smith critica las políticas económicas del mercantilismo por considerarlas perjudiciales para el bienestar

¹⁰ Si el lamarckismo explica mejor que el darwinismo el fenómeno de la evolución social o cultural es aún materia de controversia. Ver Hodgson 2001 y Kronfeldner 2007.

público y la creación de riqueza nacional. En esta línea, se opone a los marcos regulatorios e institucionales que favorecen a ciertos grupos de interés, pero no a todos los marcos regulatorios e institucionales *per se*. El argumento de Smith va especialmente dirigido contra los grupos que defienden sus privilegios comerciales con dientes y muelas, consciente de que esos privilegios fueron a su vez creados por políticas gubernamentales. Estos privilegios –que usualmente se traducen en subsidios, monopolios o tratos preferenciales– deberían ser abolidos si queremos libre competencia, pero nuevos marcos regulatorios e institucionales se harán necesarios para asegurarla. Explícitamente, y con el mismo fin, Smith justifica regulaciones estatales en materia de comercio internacional.

El liberalismo embrionario de Smith no se funda en un rechazo visceral a la intervención estatal. Se funda en el rechazo a que ciertos grupos puedan capturar el Estado y exprimirlo a su favor, en perjuicio del resto. En la filosofía política de Smith, los gobiernos están para servir a todos los ciudadanos y no solo para proteger los intereses de grupos poderosos. El problema con estos sectores dominantes no es que persigan su propio beneficio –todos lo hacemos– sino la asimetría de poder con el cual lo hacen. En consecuencia, ciertas condiciones de igualdad ante la ley serán necesarias para que los individuos puedan perseguir su interés propio, comerciar libremente y, a la larga, generar crecimiento económico. Esas condiciones no se producen de forma aleatoria. Son diseñadas por el legislador con un propósito. En ausencia de esas condiciones, algunos agentes económicos abusarán de su posición para favorecer solo a unos pocos. Es decir, algunas de las condiciones fundamentales para que la mano invisible actúe son teleológicamente dispuestas: tienen un propósito en la mira. En este sentido, más allá de los deberes del Estado en materia de protección de las fronteras externas y las administración interna de justicia, Smith sostiene que los gobiernos deben construir y mantener la infraestructura pública necesaria para el florecimiento de la sociedad comercial, así como instituciones sociales –entre ellas, un sistema de educación– que permitieran a todos los ciudadanos socializarse en las destrezas técnicas y las virtudes morales requeridas en dicha sociedad. Individuos que buscan su interés propio, piensa Smith, no tienen los

incentivos suficientes para hacerse cargo de crear esas condiciones. Estos problemas de coordinación y acción colectiva, finalmente, no son resueltos de abajo-hacia-arriba, sino de arriba-hacia-abajo con el beneficio colectivo en la mira.

De la misma manera, el relojero ciego de Darwin no parte de cero. Erróneamente, muchos creacionistas piensan que sí. En una conocida comparación, los creacionistas suelen argumentar que la teoría de la evolución por selección natural es tan improbable como la posibilidad de que un tornado pase por un basural y ensamble por azar un Boeing 747. Sin duda, las condiciones del basural son caóticas respecto del producto final. Pero la evolución darwiniana no funciona de ese modo. Muy por el contrario, descansa sobre un largo proceso acumulativo que, a su vez, siempre depende de las condiciones existentes, que están lejos de ser caóticas. Como en una escalera, cada escalón es posible gracias al escalón anterior, que a su vez fue posible gracias al escalón precedente, y así sucesivamente hacia atrás hasta el origen de la vida orgánica. Por tanto, mientras el orden natural sigue siendo emergente en tanto no dirigido, sus condiciones de partida son siempre las existentes. Pero, a diferencia de lo que ocurre en el caso de la mano invisible, las condiciones en las que opera el relojero ciego no han sido diseñadas con ningún propósito. La selección natural trabaja con lo que hay. El libre mercado, en cambio, demanda ciertas condiciones específicas para desplegarse en propiedad y generar sus efectos sociales benéficos.

3.4 La suficiencia epistémica de dios

Como recordamos, la defensa hayekiana de los mercados libres descansa en una teoría epistemológica: la información está diseminada a lo largo y ancho de la sociedad y es, por tanto, imposible que un planificador central conozca mejor lo que los individuos quieren, necesitan o pueden producir. Esta limitación fundamental, para Hayek, es suficiente para descartar ordenamientos económicos de arriba-hacia-abajo. Por el contrario, esta limitación justifica los sistemas económicos de abajo-hacia-arriba, en los cuales compradores y vendedores se encuentran libremente y sin distorsiones. A partir de esta consideración, Adam Darwinians, Matt Ridley y Michael Shermer sostienen que los creacionistas debieran admitir que la naturaleza funciona de la

misma forma, en la medida que los cambios genotípicos y fenotípicos que sufren los organismos son dispersos, tienen su propio ritmo y es imposible controlarlos en forma centralizada.

Sin embargo, no parece que este sea un argumento fatal para los creacionistas. Si dios es verdaderamente omnisciente, las restricciones epistemológicas que describe Hayek no se aplican a Él. En efecto, Hayek enseña que ningún individuo ordinario ni comité central pueden planear una economía entera, pero eso se debe, apunta el filósofo creacionista y liberal clásico Jay W. Richards, “a que ningún humano ni comité de humanos puede anticipar o tener acceso simultáneo a los trillones de juicios económicos subjetivos realizados por los miembros de una economía. Pero esa es una limitación que aplica al conocimiento humano, no al conocimiento *simpliciter*” (2013: 88).

Es decir, mientras los creacionistas pueden coincidir con Hayek respecto de la limitación epistemológica de las autoridades centrales de una sociedad humana para rastrear los deseos económicos individuales, pueden simultáneamente insistir en que un dios omnisciente sabe todo lo que hay que saber respecto de los millones de procesos de cambio orgánico que se producen en la naturaleza, incluso antes de que tengan lugar; es decir, parafraseando a Richards, que dios conoce todo lo que hay que conocer. Si el dios cristiano es todo conocimiento, el argumento epistemológico de Hayek es inocuo para acusar a los creacionistas de inconsistencia filosófica. Cristianos de derecha pueden seguir apoyando políticas de libre mercado, respeto a la propiedad privada y gobiernos limitados, y al mismo tiempo seguir creyendo en una creación cósmica completamente guiada de arriba-hacia-abajo, sin caer en contradicción lógica. Este no es un argumento a favor de la idea teológica de que existe una deidad omnisciente. Es un argumento para mostrar que las limitaciones epistemológicas que son cruciales para justificar filosóficamente el libre mercado desde una perspectiva hayekiana, no aplicarían en el orden natural si existiera una deidad omnisciente como la que describe el teísmo en general.

3.6 La paciencia de Hayek.

Tal como mencionamos, Larry Arnhart cree que Hayek no habría tenido paciencia con aquellos conservadores que insisten en su negacionis-

mo darwiniano y buscan respuestas en teorías de diseño inteligente. Arnhart apunta a que el pensamiento evolucionista de Hayek, heredado de la Ilustración escocesa, comprendía no solo la dimensión social, política y económica, sino también la mismísima dimensión del orden natural. Hayek aceptaba la teoría de Darwin. Pero esta aceptación no parece estar determinada por su evolucionismo social respecto de las instituciones, la normas o las ideas. Más bien, Hayek aceptaba la teoría de la evolución darwiniana en tanto representa el consenso científico en la materia. Dicho de otro modo, Hayek acepta a Darwin no porque crea que la naturaleza evoluciona igual que la sociedad, sino porque Darwin tiene a su favor la evidencia científica. Seguramente, Arnhart tiene razón al sostener que Hayek habría exhibido poca paciencia frente a los creacionistas contemporáneos que se aferran a la teoría del diseño inteligente, pero no porque abrazan a Smith sin aceptar a Darwin, sino por otra razón. Explicando por qué no se considera a sí mismo un conservador, Hayek sostiene:

Siempre me han irritado quienes se oponen, por ejemplo, a la teoría de la evolución o a las denominadas explicaciones “mecánicas” del fenómeno de la vida, simplemente por las consecuencias morales que, en principio, parecen deducirse de tales doctrinas, así como quienes estiman impío o irreverente el mero hecho de plantear determinadas cuestiones. (2014: 885)

Como se desprende de este pasaje, Hayek no argumenta contra los creacionistas porque se opongan a las teorías del orden espontáneo en las ciencias naturales y no en las ciencias económicas. Hayek critica a los conservadores en general porque detecta que su aceptación o rechazo de las conclusiones de la ciencia no depende de la evidencia, sino de la compatibilidad de dichas conclusiones con su sistema preestablecido de creencias. Los conservadores, piensa Hayek, tienden a negar (solo) los hechos que tensionan sus doctrinas. En este sentido, Hayek no critica a los conservadores por su inconsistencia filosófica, sino por lo que él llama ‘oscurantismo’. En sus palabras, “si llegamos a la conclusión de que alguna de nuestras creencias se apoyaba en presupuestos falsos, estimo que sería incluso inmoral seguir defendiéndola pese a contradecir abiertamente la verdad” (Hayek 2014: 885-6). Eso es lo que hacen los auténticos liberales, parece decir Hayek. Verdadero o falso,

este es claramente un argumento distinto al que funda la acusación de inconsistencia filosófica. Sin duda, se pueden establecer paralelos entre la teoría económica de Smith y la teoría biológica de Darwin. En ambos casos se advierte la operación de fuerzas de abajo-hacia-arriba que dan origen a órdenes espontáneos que no fueron centralmente planificados ni teleológicamente diseñados. Sin embargo, para fundar una acusación de inconsistencia filosófica en contra de los smithianos que no han aceptado a Darwin y contra los darwinianos que no han aceptado a Smith, este paralelo podría ser trivial. Especialmente, si se trata de extrapolar implicancias normativas.

4. Conclusión.

A lo largo de la historia reciente del pensamiento económico y la filosofía política, distintas voces han identificado un hilo común entre las ideas de Adam Smith –el padre de la economía– y las ideas de Charles Darwin –el padre de la biología. El paralelismo es el siguiente: de la misma manera que Smith demostró cómo la prosperidad y la riqueza de las naciones son consecuencias inintencionadas de una competencia de individuos persiguiendo su propio interés, Darwin demostró cómo la complejidad de la vida orgánica y el equilibrio ecológico son consecuencias inintencionadas de la competencia entre organismos luchando por sobrevivir y reproducirse. La analogía fundamental es que el orden económico y el orden natural no fueron deliberadamente diseñados de arriba-hacia-abajo, sino que emergieron espontáneamente de abajo-hacia-arriba. Uno de los más notables exponentes de este paralelo es Friedrich von Hayek, quien interpretó la conexión entre Smith y Darwin como la continuidad de una gran escuela de pensamiento evolucionaria, opuesta a la gran escuela racionalista.

A partir de este paralelo, popularizadores de la ciencia y teóricos políticos han extraído ciertas conclusiones. Por un lado, han argumentado que los creacionistas que siguen a Smith en materia económica debieran, en consecuencia, seguir a Darwin cuando se trata de explicar el funcionamiento del mundo vivo. De lo contrario, la acusación sostiene, son culpables de inconsistencia filosófica. El mismo cargo se dirige contra los socialistas que han aceptado la lógica del relojero

ciego respecto del orden natural pero no de la mano invisible respecto del orden económico. En ciertas versiones, la acusación conlleva una directriz normativa: la naturaleza y la economía no requieren hombres de sistema. Por el contrario, hay que dejar que fluya la interacción libre de los individuos.

Este artículo repasa algunas de las respuestas que suscita esta acusación. En primer lugar, advierte sobre la seminal ley humeana que establece que un hecho no implica un deber. En segundo lugar, distingue entre distintos tipos de agencia individual en los campos económicos y biológicos. En tercer lugar, reflexiona sobre las condiciones que tienen que darse para la emergencia de los respectivos órdenes. En cuarto lugar, sugiere que las limitaciones epistemológicas que justifican el mercado no aplicarían sobre una deidad omnisciente como el dios cristiano. En quinto lugar, finalmente, desmiente que el propio Hayek haya pensado en la conexión Smith-Darwin en términos útiles para la acusación en comento. Estas respuestas no son, en ningún caso, taxativas.

Mientras el cargo de inconsistencia filosófica no prospera, especialmente su intención normativa, otros tantos paralelos son reconocibles y algunos parecen plausibles. Entre ellos, uno que establezca las similitudes entre las teorías de Smith y Darwin acerca de las bases naturales del comportamiento moral. En este sentido, lo que James Otteson ha llamado el ‘principio de la familiaridad’ en la obra de Adam Smith resuena con las observaciones del darwinismo, especialmente desde la psicología evolucionaria, sobre los misterios del altruismo, la cooperación y la competencia.

REFERENCIAS

- Arnhart, L. (2005). *Darwinian Conservatism*. Upton Pyne: Imprint Academic.
- Darwin, C. (2004) [1859] *On Natural Selection*. London: Penguin Books
- Dawkins, R. (1986). *The Blind Watchmaker: Why the evidence of evolution reveals a universe without design*. London: Penguin Books.
- Dennett, D. (2009). Darwin’s strange inversion of reasoning. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 106(1), 10061-10065.
- Dilley, S. (2013). *Darwinian Evolution and Classical Liberalism. Theories in Tension*. Lanham: Lexington Books.
- Ebenstein, A. (2003). *Hayek’s Journey: The Mind of Friedrich Hayek*. London: Palgrave Macmillan.

- Epstein, R. (2003). *Skepticism and Freedom: A Modern Case for Classical Liberalism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Ferguson, A. (1980) [1767]. *An Essay on the History of Civil Society*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Hayek, F.A. (1983) [1945]. El Uso del Conocimiento en Sociedad. *Estudios Públicos* 12.
- Hayek, F.A. (2014) [1969] *Los Fundamentos de la Libertad*. Madrid: Unión Editorial.
- Hodgson, G. M. (2001). Is Social Evolution Lamarckian or Darwinian? (87-118). En Laurent, J, y Nightingale, J. (eds.) *Darwinism and Evolutionary Economics*. Cheltenham: Edward Elgar Pub.
- Neuhaus, R. J. (1997). "The Liberalism of John Paul II". *First Things*, 16-21.
- Kronfeldner, M. E. (2007) Is cultural evolution Lamarckian? *Biology and Philosophy* 22(4), 493-512.
- Lal, D. (2006). *Reviving the Invisible Hand. The Case for Classical Liberalism in the Twenty-First Century*. New Delhi: Academic Foundation.
- Midgley, M. (2002). *Evolution as a Religion*. Abingdon-on-Thames: Routledge.
- Otteson, J. (2002). *Adam Smith's Marketplace of Life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Richards, J. W. (2013) On Invisible Hands and Intelligent Design. Must Classical Liberals Also Embrace Darwinian Theory? (69-92) En Dilley, S. (ed.) *Darwinian Evolution and Classical Liberalism. Theories in Tension*. Lanham: Lexington Books.
- Ridley, M. (2012). *Adam Darwin: Emergent Order in Biology and Economics*. Conferencia en The Adam Smith Institute.
- Schliesser, E. (2011). Reading Adam Smith after Darwin: On the evolution of propensities, institutions, and sentiments. *Journal of Economic Behavior & Organization* 77(1), 14-22.
- Shermer, M. (2006). *Darwin on the Right: Why Christians and Conservatives should accept Evolution*. Scientific American, October 1.
- Singer, P. (1999). *A Darwinian Left: Politics, Evolution and Cooperation*. New Haven: Yale University Press.
- Smith, A. (1997) [1759] *La Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Smith, A. (1994) [1776] *La Riqueza de las Naciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- West, J. G. (2013). Darwinism, Economic Liberty, and Limited Government (113-134) En Dilley, S. (ed.) *Darwinian Evolution and Classical Liberalism. Theories in Tension*. Lanham: Lexington Books.